

# El sueño y las pesadillas

Alejandro Luque

Cuando en agosto de 2017 entrevisté al doctor Pietro Bartolo en la isla de Lampedusa, tenía perdida la cuenta de la gente que había visitado a lo largo de su carrera: más de trescientos mil, en todo caso. Su especialidad es la ginecología, pero el hecho de haber nacido y de vivir en el punto europeo más cercano a Libia le obligó a diversificarse en múltiples disciplinas, sobre todo la forense.

«Soy el médico que ha hecho más inspecciones de cadáveres de mujeres y niños en el mundo», confesaba sin jactancia. «He visto cosas atroces y he tenido que hacer cosas atroces. Nadie me ha preguntado nunca si necesito apoyo psicológico. Todo el mundo lo ha recibido, incluso los que no han visto ni un muerto o un emigrante: la policía, la capitania marítima, los propios habitantes de Lampedusa. Tal vez porque se piensan que soy el que hace las inspecciones y que ya estoy hecho de hierro. Pero yo sé lo que tengo dentro. Pesadillas todas las noches.»

Bartolo, protagonista casual del filme *Fuocoammare*, que ganó el Oso de Oro en Berlín y fue candidato al Oscar, se mostraba perplejo por el modo en que sus vecinos —y por ellos cabe entender no sólo a los lampedusianos, sino a todos los italianos y los europeos en general— hubieran normalizado el holocausto cotidiano de inmigrantes. Hasta el punto de decir «hoy han muerto doscientos», sin añadir el sustantivo «personas» al adjetivo cardinal.

En Lampedusa, aquel verano, los bañistas pasaban impenetrables ante las embarcaciones amontonadas en cualquier solar. Pateras, chalupas, barquitos de navegación costera que se aventuraban a cruzar el Mediterráneo con el triple de su carga, hasta que empezaron a proliferar las lanchas neumáticas de fabricación china, todavía más precarias y fáciles de hundir. En la televisión, un Matteo Salvini que iba camino de convertirse en ministro del Interior advertía sobre los



**Enri Canaj** *Inmigrantes llegando a la costa griega* Lesbos, Grecia 2015

peligros de la inmigración y la necesidad de reforzar la frontera sur. El ascenso de las ultraderechas europeas se ha apoyado, desde entonces, en un discurso similar.

Por su parte, aquel fue el año en que el mundo puso los ojos en Open Arms, la ONG española que se lanzó al mar al rescate de aquellos que arriesgaban sus vidas tratando de acariciar el sueño europeo. Porque es eso, un sueño, una fantasía, el combustible principal de los frágiles motores que impulsan sus no menos frágiles naves. Para la inmensa mayoría de los supervivientes, la realidad que aguarda en nuestro suelo es la explotación, el hacinamiento, la marginalidad, la mala vida del burdel o bajo los plásticos de los invernaderos. Y sin embargo siguen intentándolo cada día, a cientos, por más que la pandemia de la covid-19 los haya desplazado de las noticias o la guerra de Ucrania haya dirigido las miradas hacia el norte.

Por qué se juegan todo a la carta del mar, es una pregunta compleja que no admite respuestas *naif*. Pretender que todos sean fugitivos de guerras o hambrunas no parece una forma admisible de arrojar luz sobre el asunto. El anhelo de libertad es también una justificación parcial del fenómeno, cuyos engranajes resultan bastante

más intrincados. Si hubiera que simplificar de algún modo, lo fundamental sería no perder de vista los dos pernos fundamentales y complementarios en torno a los cuales gira todo: la existencia de un mercado mafioso que promueve la migración en origen, y de una política fronteriza más dictada por el atávico miedo al extraño que guiada por la razón.

Hace apenas quince años lo ignorábamos todo de los migrantes. Componían una masa sin nombre y sin historia. Gracias a testimonios como el del senegalés Mahmud Traoré, *Partir para contar*, escrito junto a Bruno Le Dantec, pudimos saber que hay jóvenes que invierten tres años de su vida, sometidos a todo tipo de humillaciones y sobornos, dejándose esclavizar por patronos sin escrúpulos y exponiéndose a mil y un peligros, sólo para pasar una frontera, aun a riesgo de ahogarse o quedar mutilado por una concertina. Si lo consiguen, nadie les preguntará tiempo después si valió la pena: ¿cómo dudar, si se han pasado tantas penalidades en el intento?

Pero también hemos sabido que quienes se embarcan en esas inciertas aventuras no siempre son los más pobres, los verdaderamente desesperados, sino los que pueden reunir la cantidad necesaria, y no menor, para abordarlas. Basta multiplicar el dinero y la fuerza de trabajo invertida por todos los *mahmuds* que han intentado cruzar el Estrecho para hacerse una idea de la capacidad de transformación de la realidad que se ha perdido en sus respectivos países.

Pero la realidad allí, dicen, no cambia. Los oligarcas, los militares, los tiranos apuntalados a menudo por los gobiernos occidentales, se encargan de convencer de ello a sus súbditos. Además, una vez comenzada la huida, la vuelta atrás es imposible. Las deudas con las mafias, la vergüenza ante los vecinos, te harán seguir adelante sin remedio. Y si consigues pisar suelo europeo, con las primeras monedas con que telefonees a los tuyos, te cuidarás mucho de contar la verdad.

El gran escritor Leonardo Sciascia, siempre adelantado a su tiempo, escribía —¡en 1973!— la historia de unos sicilianos que pagaban a un barquero para que los llevara a América, donde soñaban con reunirse con sus parientes emigrados y prósperos. Al cabo de once agónicas noches, tocaban tierra y desembarcaban sin darse cuenta de que estaban de nuevo en Sicilia: el barco los había devuelto al mismo lugar del que habían salido, más pobres y engañados. El caso de muchos migrantes del Mediterráneo es parecido: lo gran cruzar el mar, en efecto, pero el lugar al que llegan no se parece en nada al que les habían contado.

Me lo explicó Youssouf Amine Elalamy, escritor de Larache y autor de un buen libro de relatos sobre el tema, *Los clandestinos*. «Hay cibercafés en todas partes en Marruecos, hay antenas de satélite en

todas partes, en los barrios de chabolas, en las aldeas. La gente mira... pero la imagen que tienen no siempre coincide con la realidad. ¿Qué ven? No ven mendigos, ven casas bonitas, la gente tiene coches, viste bien. No ven la pobreza. No ven las malas condiciones. No ven la crisis económica en Europa. Lo que ven es realmente Eldorado. Y eso es terrible. Cuando vienen aquí y realmente sufren, cuando vuelven a casa, jamás lo cuentan. Nunca. No lo cuentan nunca.»

Sí me lo contó Tarik El Idrissi, un joven cineasta de Alhucemas que una década atrás estrenó un cortometraje sobre pateras titulado *Denya Etnegrab*, inspirado en su propia experiencia. Con 19 años se embarcó como polizón en un carguero con destino a Canarias, anduvo en las islas dos años y recaló en Madrid, donde empezó por casualidad a hacer teatro y luego cine. Cuando me lo encontré en Nador tenía 35 y ganaba premios en festivales internacionales. «Me fui porque chocaba con mi padre, que quería que estudiara medicina. No pasé hambre nunca, éramos de clase media baja, pero necesitaba ser yo mismo.»

Después de formarse en el audiovisual, se dio cuenta de que le iría mejor en Marruecos que en la España depauperada postcrisis de 2008. Inviertió en una cámara y abrió productora en Rabat, pero sus filmes hablan una y otra vez de su tierra, el Rif. Estaba convencido de que un altísimo porcentaje de migrantes regresaría de mil amores a su lugar de origen si no hubiera tantas trabas —sobre todo personales— para impedirlo. La valla, a veces, puede hacerse igual de alta a la vuelta que a la ida.

Claro que en esta trama de engaños, autoengaños y simulaciones juega un papel destacado esa Europa que ha hecho de la xenofobia una coartada recurrente. Y todo porque se empeña en disimular una evidencia, y es que necesita a los migrantes mucho más que ellos a esta Europa envejecida y despoblada, ansiosa de mano de obra y de dinero para apuntalar las pensiones. Pero, ¿quién renuncia a la tentación de contar con una masa de trabajadores sin papeles, sin derechos, sin reivindicaciones?

En 1985, el periodista alemán Günter Wallraff realizó una serie de reportajes disfrazado de inmigrante para denunciar las condiciones en las que Alemania empleaba a los llegados de países subdesarrollados. El resultado se tituló *Cabeza de turco* y fue un superventas, además de suscitar un escándalo mayúsculo, seguido de encendidos debates. Casi cuarenta años después, es probable que nuestros hijos y nuestros nietos suspiren por las condiciones de un obrero turco de entonces.

La conclusión, en todo caso, es que del drama de cientos de miles de personas se benefician mafiosos de una orilla del Mediterráneo y



**Ai Weiwei** *Chalecos salvavidas* Berlín 2016

patrones de la otra. Cuando el migrante percibe la jugada, afirma el también periodista Ilya U. Topper en la revista digital *MSur*, cuando adquiere conciencia de su condición de incauto, «se da cuenta de que Europa no ha puesto las alambradas, no ha montado patrullas y *frontex* para impedir que los inmigrantes lleguen a sus costas: lo ha montado para impedir que se les vayan».

Las excusas en torno a la incapacidad para asimilar migrantes han quedado invalidadas precisamente en el reciente conflicto ucraniano, en el que Europa ha demostrado poder absorber en dos meses a cuatro millones de personas, el doble de lo que llegaba por los senderos de la clandestinidad en todo un año. Salvando todas las diferencias, el dato invita a reflexionar sobre las actitudes de uno y otro caso, y recuerda que la respuesta humanitaria no basta: toca hacer también política, y de modo urgente.

De lo contrario, el sueño, ese sueño dorado que ha hecho del Mediterráneo una inmensa fosa común en las últimas décadas, seguirá convirtiéndose en aquello que acompaña al doctor Pietro Bartolo desde que la primera patera llegó a Lampedusa: pesadillas, pesadillas todas las noches. 🌊

**Alejandro Luque**, escritor y periodista.